

# Jamón de pata negra

POR JOSEP M. BENET I JORNET\*

**N**o voy a hablar de crisis teatral, no voy a hablar de reivindicaciones autorales, no voy a hablar de falta de infraestructuras, no voy a hablar de los tiempos aún más calamitosos que se nos echan encima, no voy a hablar de todos esos temas de los que es justo y necesario hablar. De los que hemos hablado tanto. De los que seguiremos hablando. Porque la justa crispación ante tantos problemas que tiene el autor delante suyo nos impide con demasiada frecuencia referirnos a lo que, se supone, en realidad amamos, el teatro en sí mismo. En el caso de los escritores de literatura dramática, a lo que más nos ataña, el texto.

El artículo que estoy empezando se ha escrito infinidad de veces a lo largo de la historia, pero quizás no demasiadas en los últimos años. De modo que voy a volver a escribirlo, a mi modo y desde mis limitaciones. Hablará del texto, sí; de la clase de textos que amo, de los textos que, a mi modo de ver, justifican mejor el oficio que ejerzo. No quiero atacar a nada ni a nadie. Quiero explicar lo que mueve mi pasión por la escritura. Lo que me mueve a mí y lo que mueve y ha movido a tantos compañeros de profesión a lo largo y a lo ancho del mundo y del tiempo.

Samuel Beckett o Joan Brossa, para poner dos ejemplos, difícilmente conseguirán jamás que haya largas colas en los teatros donde se representen sus obras. (Pero mejor no profetizar nada, por si acaso.) Sin embargo, ellos han hecho, no sé si decir avanzar, pero en todo caso sí dotar de nueva complejidad, la complejidad que correspondía a unos tiempos también nuevos, a la dramaturgia contemporánea. Que no haya largas colas ante el anuncio de sus piezas no quiere decir que hayan fracasado. Es lógico que su público sea limitado. Escriben un teatro "difícil" (ante esta palabra la perplejidad casi paraliza mis dedos), pero su legado es fecundo. Han conseguido su objetivo.

Durante años, para la vanguardia escénica, el buen teatro era el comprometido, y el mal teatro, todo lo demás. Buenas razones históricas movían a pensar así, pero algo debía andar confuso, porque ni Beckett ni Brossa eran considerados como autores comprometidos, o al menos no escribían en la línea "correcta", de modo que se les censuraba abiertamente. Y ya no digamos escribir una buena historia de amor; eso era algo absolutamente criticable. Estoy hablando, como abuelo que podría casi ser, de una época difícil, en la que intentar representar un teatro comprometido era difícil, y el éxito no estaba asegurado. Al contrario. No era pues, cuidado, nada fácil sostenerse en la línea "correcta", en la línea del compromiso claro –de lectura de primer nivel– con una colectividad amordazada.

\* Autor teatral

La situación ha cambiado. Hoy, cuando gracias a Dios existen espectáculos de gran público contruidos con inteligencia y sensibilidad, ya no se habla de compromiso, y los buenos textos parece que deben ser los que, elegantemente, usando de una libertad expresiva que antes no teníamos, repiten, así remozados, los esquemas del "boulevard".

Me gusta el teatro de "boulevard". En realidad me gusta cualquier clase de espectáculo que sea honesto y esté bien hecho. Pero confieso mi flaqueza, mi debilidad, mi pasión, por otra clase de teatro que sorprendentemente, profesionales formados en el "compromiso", contemplan de pronto de reojo, perdonándole la vida. Me refiero a un teatro dotado de cierta complejidad quizás formal pero por encima de todo temática, un teatro que continua hablándonos de las perplejidades colectivas más amplias pero también, ahora, de las perplejidades individuales más subjetivas. Un teatro que repita una y otra vez las eternas preguntas, que no cese de indagar sobre la incierta aventura humana. Un teatro, me atrevería a decir, moral.

Estoy hablando de un teatro de la inteligencia, de la razón, en el que el dramaturgo proyecte, hasta el último aliento, su pasión por la vida, su desazón ante un mundo del que tantos, ingenuamente, consideran haber obtenido ya la última respuesta, y que sin embargo se encuentra en el albor de su historia. Y del que no entendemos casi nada.

Me parecen muy bien los textos divertidos, intrigantes, melodramáticos, en los que se ríe y se llora por puro juego. Pero me molesta que alguien se moleste cuando un dramaturgo intenta ir más allá. Mejor dicho, me molesta y me irrita cuando el que se molesta y se irrita tiene una formación y unos antecedentes intelectuales y escénicos iguales o más ricos que los míos. Me indignan las risitas de suficiencia ante el esfuerzo seguramente inútil, pero esencial, por participar, desde nuestra bien humilde profesión de escritores escénicos, en la gran y única aventura de la humanidad, la que también los no creyentes encontramos perfectamente expresada, de refilón, al principio del Pentateuco: llegar a dominar la Tierra. Ninguna tarea me parece más importante que ésta, y quien en ella se empecina merece, de entrada, todo el respeto del mundo. En realidad cualquier ambición es respetable, sea la de ganar dinero de forma honrada, sea la de entretener con juegos de pirotecnia, y nadie está ni tiene por qué haber estado libre de haberla perseguido. Pero hay otra ambición. Que merece el mejor de los respetos. Nada que decir contra los donuts, contra la coca-cola (me encanta), contra los desnatados y los descafeinados. ¿Pero quién tendrá la desfachatez de criticar o perdonar la vida al granjero que intenta –acaso fracasando– una mejor calidad para el jamón de pata negra?